



«Antonio Gades fue renovación, coherencia y un referente»

Yolanda González Sobrado, que en la actualidad vive en Canarias, durante una de sus últimas visitas a Santander. DM

La bailarina y coreógrafa cántabra Yolanda González Sobrado imparte hoy el taller online 'Mi experiencia con un genio' organizado por Movimiento en Red

ROSA M. RUIZ

SANTANDER. En el mundo de la danza española y el flamenco, la palabra de la santanderina Yolanda González Sobrado es ley. La bailarina y coreógrafa se ha ganado el prestigio de su profesión en los escenarios, que tuvo la suerte de compartir durante muchos años con Antonio Gades. También formó parte del Ballet Español Rafael Aguilar, la Com-

pañía Manuela Vargas, el Ballet José Greco, la Compañía Cristina Hoyos o la de Cristina Pages si bien es el primero de ellos el que hoy, viernes, le permitirá dirigirse de nuevo a su público de Santander. Será por medio de un taller online, que lleva por título 'Mi experiencia con un genio' y que ha organizado la asociación Movimiento en Red.

«Antonio Gades fue una figura única e irreplicable en la danza española y el flamenco. Como bailarín y coreógrafo supo darle al flamenco una categoría y una estética inconmensurable. Creo que su obra y vida deben ser estudiadas por las nuevas generaciones de bailarines y cuantos deseen acercarse a esta gran personalidad de la danza», señala la artista que en la actualidad resi-

de y trabaja en Canarias. Desde allí explica que lo que más le marcó de este genio, durante los años en los que permaneció en su compañía, fue «su sentido de la disciplina y la obsesión por el trabajo bien hecho. También su sencillez personal una vez que abandonaba el personaje escénico y la coherencia de pensamiento que acompañó toda su vida y obra».

Para Yolanda González Sobra-

«El flamenco más que un arte es un modo de vivir y de poder expresarte en libertad»

do, Gades «fue un renovador. Revolucionó el flamenco y dotó a este arte de una escala, un concepto y una técnica que sólo existía en el gran ballet clásico». También destaca su «talento innato y una fuerza interpretativa impactante. Así como su mirada, elegancia, sobriedad, seducción... Podría seguir porque una vez entraba en el escenario no podías apartar la vista de él», asegura.

Y en cuanto a su experiencia junto a él durante más de una década, explica que «ha marcado mi vida profesional y personal porque Antonio Gades deja un sello y un estilo en cada uno de los que pasamos por su ballet. Han pasado años para valorar todo lo que aprendí a su lado, de lo que me enseñó. Siempre rene- gó de la palabra genio, decía que

el sudor era la única estrella. Su legado artístico y estar al lado de un trabajador de la cultura y un referente de la vida intelectual y política de este país, durante años es algo que no se olvida».

Los orígenes

Pese a la lejanía geográfica, esta bailarina no pierde ninguna oportunidad para volver a su tierra aunque sea, como hoy, vía telemática. Se siente orgullosa de Cantabria de la que destaca «el buen nivel de enseñanza de sus academias y la creación de asociaciones de danza para el desarrollo y promoción de actividades, motores sin duda de apoyo y mejora de condiciones para todos los que formamos parte de este sector cultural». Y como no olvida sus orígenes tiene, como siempre, buenas palabras para su primera profesora, Maribel Armengou: «Mi querida maestra a la cual cada día le doy las gracias porque fue ella la que me enseñó el camino y mis primeros pasos. Con ella estudié la carrera de danza española y de esos años sólo tengo buenos recuerdos. Mi enseñanza y amor por el baile se lo debo a ella».

De la danza española, su especialidad, dice que la eligió porque los estudios «incluyen la especialidad en flamenco y una vez que vas acercándote a esta disciplina y conoces su música, el baile, el cante, la guitarra, ya no hay vuelta atrás, quedas totalmente absorbido no por un arte, que lo es, sino un modo de vivir, de poder expresarte con una libertad y un estilo que yo sólo lo he sentido con él».

Desde que salió de Santander la danza es «mi medio de comunicación, una profesión maravillosa donde tienes que trabajar duro y no pensar en ninguna estabilidad económica, pero a cambio vives experiencias irrepetibles. Bailar ante el público compensa cualquier otra dificultad y te da toda la emoción y la ilusión de ser cada día mejor que tú mismo», concluye.

MÚSICAS EN PIE DE GUERRA

ANA DE LA ROBLA



Una trompeta en el calabozo

En la Nochevieja de 1913, a modo de peculiar y ruidosa bienvenida al nuevo año, hay en la calle un muchacho negro de apenas doce años pegando tiros en las calles de Nueva Orleans. No eran petardos, sino disparos realizados con una pistola robada, cuyo estruendo no tardó en atraer a la policía, que detuvo al chiquillo —de raza negra— y se lo llevó al calabozo. No era la primera vez que aquel crío era detenido por

causar problemas, aunque de pequeña envergadura, y por ello acabó pasando la noche entre rejas. Al día siguiente fue conducido a un correccional de menores, donde el comportamiento del jovencito no fue de talante precisamente sereno. Al director de la institución, des-



perado por la actitud del chico, no se le ocurre nada mejor que darle lo primero que encuentra a mano para intentar tranquilizarlo: una trompeta. Aquellos dedos recios que apretaban el gatillo de un arma sin vacilar se deslizaban en cambio con inusitada suavidad por los pistones

de la trompeta, arrancándole un sonido tenso, casi fogoso, pero conmovedor. El chiquillo estaba familiarizado con el instrumento porque le embelesaba la música de las bandas que corrían con frecuencia las calles de su ciudad. Alentado por el director del reformatorio, el joven prosiguió con la práctica del instrumento, primero en una banda auspiciada por el propio correccional y, un año más tarde, ya libre, en bandas de mayor calado y en orquestas. Así comenzó la escalada imparable de un fenómeno de la trompeta y, posteriormente, la voz, que se dis-

tingió durante décadas por su peculiarísima interpretación del blues o el jazz. Tampoco le iban en zaga su carisma y su reconocida generosidad. Su nombre era Louis Armstrong, y canciones como 'Hello Dolly' o 'What a wonderful world' (<https://youtu.be/vLrfjgqLbNU>) formarán parte para siempre de la educación sentimental de múltiples generaciones, aunque ahora que caminamos con timidez hacia la esperanza del verano bien podría recordarse su 'Summertime' en compañía de ella: la gran Ella (<https://youtu.be/xHAFhPrrKHA>).